José Luis Rivas

río

Colección Premio

.44
cu
Ej.2

JOSÉ LUIS RIVAS

RÍO

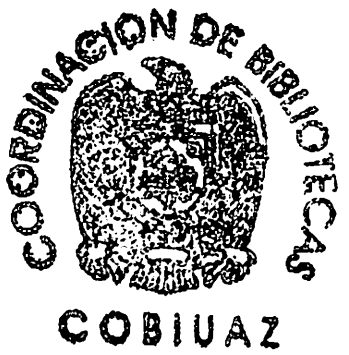
Premio Nacional
de Poesía *Ramón*
López Velarde

Universidad
Autónoma
de Zacatecas

Ilustración y portada: Gonzalo Lizardo

XV Premio Nacional de Poesía *Ramón López Velarde*
Dirección General de Extensión Universitaria
y Difusión de la Cultura

Jurado (1996): Raúl Bañuelos, Ricardo Castillo, Eduardo Hurtado



M861.44
R582 TU
EJ.2

río
Primera edición, 1998

ISBN: 968-6019-60-X

D. R. © José Luis Rivas
D. R. © Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

La memoria es una especie de cumplimiento,
una renovación
—es más: una iniciación:
los espacios
que abre son lugares nuevos...
Ninguna derrota
es nada más derrota:
el mundo que abre es siempre
un lugar antes insospechado.
Un mundo perdido es un mundo
que nos llama a lugares inéditos:
ninguna blancura
(perdida) es tan blanca
como la memoria de la blancura.

William Carlos Williams
(en traducción de Octavio Paz)

Él sin cesar pide el olor pide el sabor pide el color
de un cuerpo de mujer
Su elasticidad
Su mentira
Lo que en su nacarada carne castamente se ríe de la muerte

Pierre Jean Jouve

1472

I

Era claro en extremo:
por la angosta ribera
yo no podía dar un paso alante
(tampoco desandar lo caminado)
porque los dos me hablaban a la vez
porque los dos me halaban en sentido contrario
madre y río

No digas que olvidaste
esto y aun aquello
No hagas como que nadie te conoce
Estás prendido aquí
en lo hondo de mis ojos
por fieles alfileres

No podrías negarlo
Además ¿qué podrías tú ocultarme?
(Mi madre terminaba acordándome conmigo:
Soy un trompo zumbador
madera de naranjo
llevada al torbellino primero por un torno)
Y aunque yo comprendía
que nada iba a quedar de aquello
(o que, en caso remoto,
si eso pasaba,
sería del todo diferente)

también era muy claro
que ya nadie podía
tomar aquel sitio

Y eran mudas en tanto
esas palabras
que ahora escribo aquí.

Mi madre apretaba más el paso
y las parvadas de papanes
que aquella tarde vi
nublar el sol a ratos
vuelan ahora en una bandada
tan rala
que el silencio expectante
les cede su rincón
en este aparte.

El río vigoroso
aflojaba su garra
clavándome los ojos
Y pronto la ribera con sus chozas
y sus palosdehumo
pardeaba como un gato
Mi prima agonizaba
sobre un catre de lona
Un curandero negro
le chupaba un tobillo
Ya no tiene remedio
Eso dice el doctor
—siseaba muy quedo tía Chagüita—
Sólo nos queda esta esperanza
Y el hechicero negro
lavaba aquella herida
y luego la sorbía con delicia
lo mismo que a un ostión hendido
Yo me moría de celos muy negros
La tarde se entregaba
como Regina
Me sentía muy enfermo y sollozaba
Con sus ojos enormes
mi madre me pedía compostura

Por la ventana
reptaba el lento ofidio de las aguas
(Y lo odié entonces porque
también era una víbora
de prieta lluvia
tirada de la cola
desde lo alto del monte)

Entre sufridas hierbas
el hueledenoche
abría con la brisa
un postigo a su aroma
con vista al otro lado de la tapia
tapizada de madreselvas
copas de oro
y un manto de la virgen

De antiguo
de muy antiguo
vino un trazo en el polvo
Vino un dibujo
en un vidrio opacado por el vaho
Vino algo que rehizo la tenue bocanada
del mundo en sus albores
Luego un viento colado
deshizo mi marasmo
Y cuando abrí los ojos
(ocupando el lugar del curandero
que tuvo que apartarse de mi prima
un momento)
me hallaba yo
de hinojos junto al catre
Sentí la mano presta de mi madre
asiéndome

de la pretina
levantándome en vilo
ante la herida de Regina:
rosada cauri

El olor de un galán de noche
(viejo chocho)
barría con escoba de palmas
el corredor en sombras
Música apaciguante
se adueñó de la casa
y las pisadas del brujo
(que volvía del patio
por la crujiente grava)
me hicieron implorar
como tal vez nunca más vuelva a hacerlo

Luego de un rato
por el óvalo gris de la ventana
la luna escuálida
se fue engastando al cuarto
sesgada por su sombra
(Su luz amarilló la luna del chinero
barnizó la repisa con su búcaro
y luego se posó en el nácar de un dije)

La ráfaga del gato
de un salto
cruzó la pieza
y cayó el cortinero
como telón de luto

Esa noche volvimos en silencio
En la ribera

quedaban las orejas aguzadas
de dos horquetas
sin el tiznado alambre
que antes vimos dar vueltas
ahumando un robalo

Como las rezanderas
La Peñita empezaba
su vela en escorada bajamar
con el primer sereno

Cual acordeón de plata
salpicante manjúa
acordonaba aquel río obcecado
que me hala todavía
con escamosas aguas
cerca de aquel tobillo
picado de culebra

II

a don Álvaro Mutis

Que venga el oleaje ronco de los papanes
como avanzada de la noche al raso
Que venga una creciente de sordas chachalacas
mitoteras comadres de los patios
Que venga un torbellino de jejenes
a nublar con su amago el mosquitero
Que alambra y pone a salvo por ahora
turgente piel de nene

Que se encienda el quinqué en el corredor borroso

Que ladre la jauría de ánimas que avanzan
por la nevada luna del más férreo durmiente
Que los grillos achiclen su acordeón
de nupciales arrullos
En los cerros calados de vana piedra pómez

Que el niño en trance de embarcarse en otro sueño
dé los nombres de quienes
Harán con él el viaje
en su balsa de mangle y de bejuco

III

Se aclara el agua del río
Debajo de los lanchones
—en una axila del limo—
se refugian las guabinas

En su balsa de bejuco
pasa el niño de las varas
que viene de río arriba
con canalete de mangle
apartando las malaguas
que a su paso se aglomeran

Los esquifes vacilando
trajinan a medio río
Una gaviota se deja
caer sobre una manchita
de azogadas gurrubatas
¡que estalla al igual que la del termómetro
si tratas de hincarle un dedo!
El nene duerme a la sombra
del ciruelo Su pilmama
mece la hamaca y fustiga
un retazo de aire cundido de jejenes
De sombras y hojas está descotándose
la uva de playa conforme
el solaz la cosquillea...

Con haz de varas el niño
vuelve a su primer orilla
Espejean sus ojos a la sombra
cual escamas de robalo

ahumado en dos horcones
y un alambre que da vueltas
Durante un rato se frota
con los huesos de la mano
los párpados restirados
por la redada espléndida de anoche
que a su vista se ganara

En el horno del cielo ya se apaga
el tizón que refulgía
El agua del río es dulce
Melada fue por la luna
Panela en cucurucho
que al primer sol se derrite...

IV

Nomás salía la nana del cuarto
(dejándome en mi lecho cabeceante
al centro del silencio
y con el *ave* de los rezos
aleando en la horqueta
de mis atentas sienes de charpero)
al favor de la noche
y su arrullo de agua
el ensueño me acogía
Y una balsa de mangle y de bejuco
me esperaba en su orilla

Una memoria echaba sus raíces
por los cuatro rincones a la sombra
donde un cocuyo mareado
(tizón de amable luna)
nombraba claro
el aire circundante
(Y brota allí la savia todavía
si hinco la luna de mi uña
al seno henchido de la noche
que en surtidor emboca
en mí —su fiel afluente—
un hueco tallo
de lechosa papaya)

En lo alto del cerro
emplumado de guayos
murciélagos chirriantes
devoraban las lunas de algún mante
—amarillas de fiebre—

y prietos zapotillos
cual tetas de india

Han gritado *¡Zarpamos!*
Saltan las venas de mi frente
(bastidor de pandorga
bajo hisopo de brisas)
y la balsa resbala por maderos
tumbados en el limo delicioso

La botadura
(al solo impulso de mi pie)
se cumple con limpieza
Por obra y gracia
del salto que dibujo
en las aguas y el aire

Me veo separarme de la orilla
para subir a bordo
con quienes ya me aguardan
repartidos hasta el tope
del alto mastelero

V

*(**A** quienes van conmigo):*

El río que surcamos
es el primer afluente
No esperen conocer en un principio
sus curvas y meandros

sus pasajes recónditos
(nuestro avance serpea bajo el agua que tuerce)

En cierto instante
ya no seré yo el guía
y el sueño enroscará

a cada quien en rápido gozoso
o en olla de dulzura

Que la aventura sea
la mar mudando escamas
al claro de la luna

el don del sueño
la fruta del placer que se desgaja
al arrimarse a la fuente
cuando los párpados
se parten como ostión de amanecida
emperlando negras cuentas

Luego estaremos juntos otra vez
aportando en la orilla del comienzo
para romper allí la taza y despedirnos

Y dispersándonos celebraremos
que *el amor al recuerdo del amor*

es un rito cordial
una danza en corrillo
que en la altanoche
(o al alba)
se disgrega

VI

Ya me pierdo en el vértigo dulce del ensueño
Mecedoras de mimbre
apagan su rechino bogavante
Y el hervor de los grillos
destapa de una vez
la olla de la noche

Salgo de la bocana de un estero
a las fauces del río que bosteza
como caimán holgado

Esparciendo su polen
de blancas noctilucas
las aguas que vacilan
apostan con ramajes las farolas
que del paseo se inclinan en racimo

Voy por el río de mi infancia que se estira
y traza un arco desde
una banqueta
donde un viejo chimuelo
tiende su mesa de tijera
y secciona con hachuela
un jaspeado bloque de turrón

VII

Tómame: soy de brazos meandros y costanas
Soy de agua y limo abajo
de viento y fuego arriba
Cuando yo apenas balbuceaba:
"Ídolo de mis venas reventadas..."
tú
río
ya me instabas:
No los dejes cruzarse
Son tus brazos
para hendirme muy recio
(con remo canalete o a brazadas)
Puedo desembuchar
(si quieres) el secreto
de mi sangre viajera
Mientras surcas mi espalda ya en entrega
trázame un delicioso calosfrío
con el blando rastrillo de tus dedos
"Yo te pido tan sólo
que me cuentes qué fue de mi abuelo
asesinado en una de tus márgenes
y arrojado más tarde
a tus aguas que encierran
como un cofre
la clave de mi ensueño
Cuéntame qué fue de él
antes de hacerlo
surgir en tus jardines de agua
como un bulto al garete
A mi ruego responde
con un temblor foliado

como mensaje de clarividente
que en el papel se imprime
no bien le arrima un niño
por el envés
un cerillo encendido"

VIII

Bajan del monte
antes de Todos Santos
Morados de tan prietos
como los tordos machos
Con camisas chillonas
botines y machetes de madera
Uno de ellos
(la Vieja)
viste como mujer
Y otro lleva careta de cartón
y un machete
Es *el Negro*
Descontando a *la Vieja*
de larga trenza
todos los otros bailarines
andan ensombrerados

La guitarra
el violín
y los machetes que se cruzan
arman sones de palo
que van creciendo
a la par que los niños
de altas casas vecinas
que (estallado paquete de vilanos)
vuelan desde los setos
y las rojas banquetas

El Negro baila y canta
Y apunta
con el machete

a uno de los chamacos del corrillo
Su gesto es implacable
y achacándole alguna tonta acción
hace reír a todos con sus versos
Ese niño que está allí
come mucho cacahuate
A las doce de la noche:
zurre y zurre en el petate...

Vamos todos en vuelo
con las hojas de otoño
llevados de la música y los dichos:
crepitante ramaje de cohetes
que se ahoga en la barranca
luego de un tableteo aturdidor

De pronto *el Negro*
corre detrás de un niño
Y todos nos lanzamos
por nuestra propia cuenta
calle abajo
O tomamos senderos
que al tiempo que serpean
desenrrollan la cuerda de aquel trompo
que se pone a danzar a la carrera
(porque este pueblo
está sentado a la orilla del río
y luego como al pie
de algún danzante cerro)

Y así pasábamos
de un morro al otro
sin darnos cuenta
(del cerro de la casa

al más lejano del pueblo)
Y entonces anochecía

Oigo un violín que malla
Veo la cara de *el Negro*
sus amenazadores
ojos de brasa
perforando la máscara
mirándome precisamente a mí
que echo a correr también
entre mil buscapiés
gritos de espavoridos guajolotes
y perros
que aúllan
al cabo de mi sueño perturbado

Aquella trashumante pirotecnia
se animaba unos días
antes de Todos Santos
Y era para nosotros
una estación aparte
el bonancible clima de una isla de delicias
Flota un olor a pólvora
en el pringoso patio del recuerdo
y en la cocina
(que entrevera en manganas de humarazos
los chámitles
con el atole de capulín
el pipián enchilado
y un zacahuil enorme
—cocido bajo tierra—
que enhoja un jabalí completo)

IX

Mamá sentada a su Singer
(prieta cigarra que aserraba
un bosque entero)
mirando alzarse en espumosa espiral
largas tiras que ornaban
de encaje
los lienzos de una infancia
olorosa a lejía
azul añil
balcones de pasamanería rizada por la brisa
y mar abierto
donde se prende
como en un mástil solitario
la *r* de una gaviota

Con una de sus manos
(junto al repiqueteo de la aguja:
correlimos que fija
un pespunte de almejas
al recogerse la marea)
lleva por buen camino sus hilvanes
hasta el remate exacto
antes de presentarse
la siguiente oleada

Esta camisa
y el mameluco de cabezadeindio
(de cuyos verdes o azules tirantes
tira ahora el recuerdo)
el vestido de holanes de mi hermana
su blanca crinolina

toda esa ropa
ha surtido con creces los ganchos de madera
del ropero
por obra y gracia
del sonsonete
de su pedaleo intenso

En cierta temporada
sin embargo
la Singer detenía su trajín
Y al largo de una noche
madre y tía Felipa
batían nixtamal
pelaban el frijol más tierno
(cosechado en su vaina)
guisaban calabazas
y camarones secos
Y preparaban en rodajas
el caguayote
La VICtrola tocaba
un huapango tras otro
hasta altas horas de la noche

Todos Santos:
un niño mira a su madre
batir el nixtamal
moler en el metate
el chile rojo
Y mira por primera vez
la bombilla ambarina
que tomó (con la llegada de la luz eléctrica
y su legión de postes
barnizados con chapo)
el lugar del candil

del quinqué
del velón
y algunos otros renegridos amigos del petróleo
diáfano

Las papalotas aletean
en un ciego circuito
hasta que acabo
durmiendo como un bendito
afelpado
en negro terciopelo
que me envuelve
con su cordel
como un trompo
que se alista
para su nueva zumba

X

Para nosotros
era Cuca *la Bruja*

porque asido del puño
llevaba al dócil niño

en turno señalado
hasta el rincón en sombras

del viejo camerino
vecino al campanario

(cuatro muros mohientos
nidos de telarañas

y gris aire estadizo)
Era toda una bruja

esa conserje atada
a su remo de palmas

aplicada en barrer
con el claro de luna

el calvario del niño
preso al día siguiente

XI

Campana que encarcelas...
¡vuelve a sonar!
Ya no es hora de encierro:
¡llama a jugar!

XII

Es el turno del cuento de chinos
pescadores
que me contaba Tila
"para que me estuviera un rato quieto
y no les levantara el vestido a las niñas"

Del hondo firmamento
entre nubes que enrolla con su vuelo
viene bajando el cormorán
que pescará las perlas de tus ojos

Y esas negras canicas
chocarán con estrépito
una con otra en su gañote férreo
porque los chinos malos
pusieron una argolla en su gaznate
para que no las trague
para que no las trague

XIII

Mes loco de febrero
cuando al grito de ¡leva!
el viento aprovechado
arrebata los techos
de lámina de zinc
(o cartón recubierto
con prieto chapopote)
cual si fueran expuestas
barajitas de niño:
esta sí / aquella no...

Mes loco de febrero:
María del Rosario
con sus ojos de ponche
y un lunar en el pómulo
(catarina de paso por lustrosa
piel de roja manzana)
se fue con su familia
a la ciudad de El Carmen
—adonde tía Lipa
anhelaba volver—

Un buen día
María del Rosario
dejó que levantara
su blusa vaporosa
Y atacando de frente
chupó mi boca tersos
abalorios de nácar
que habían alcanzado
su punto de turgencia

al tope de dos mamblas
y a la sombra del jersey
(Eso fue en el tapanco de mi casa
Un buen día de Norte)

María del Rosario
se fue Y todas las noches
sigo adorando aún
las cuentas de sus pechos
¡mientras el Norte brusco
arrebata las blusas
de tantos tendederos!

XIV

Al desplomarse
                tarde
con una halante red
tira de todos sus murciélagos
(escondidos en troncos y tapancos)

La cabra al monte trepa
donde la espera el alicante
que chupará sus ubres

De a pájaro por hoja
los cedros se acicalan el plumaje
—por el primer sereno ya puntuado—

XV

Esa muchacha cuyas
caladas pantaletas
se hamacaban ayer
tendidas en el patio más soleado
igual que una pandorga bajo el viento

Esa muchacha ¡ah!
va sólo unos pasos
adelante de mí
por la misma banqueta

La ráfaga restalla su falda que se empina
y deja ver dos nalgas bien ceñidas

Henchido con su olor a hembra
el Norte
circunnavega el globo de un suspiro
y me sorprende a su regreso
persiguiendo
el husmo de la corza

XVI

Este Norte caliente
es el primero que entra
con el verano al puerto
Yo (que absorbo
todas sus mañas)
jadeo mientras subo
la escalera del puente que chirría
(se te vuela la falda
y vas siete peldaños adelante)

bajo el encaje tenue de tu fondo
que retiembla rizándose:
travieso zumbador
de una cometa en vuelo

XVII

Subíamos al alba hasta la cima
del cerro de la Cruz
o a lo alto de la atalaya
Sentados
con las piernas guindando
—lacias sombras
caídas a lo largo de la falda del monte—
Más tarde un sentimiento de holganza nos henchía
pues se largaba como el hilo
de una pandorga en vuelo

El cerro de la Cruz es un seno redondo
que humedece los labios
de quienes se encaraman a su tope
para ver cómo cae
(listándose) la sombra de sus piernas
Doble lengua que crece
hasta rozar el tepetate
abierto a zapapico de las calles
Allá donde comienza
el puerto a ser
un croquis sin igual
(El pueblo es un apunte
que cambia sin remedio
Su pintor desvanece por la tarde
lo que empezó a esbozar durante el alba)

No es culpa suya:
todo aquí es retocado por el sol
o se combina al paso con la falda
de alguna de las mozas

que agitan largas piernas
sentadas en el muelle
y tocan con sus pies descalzos aguas
que corren acezantes

Subíamos al alba hasta la cima del cerro
O guachapeábamos
a la tarde en el muelle
ahuyentando ronquitos o guabinas
O retirábamos los pies de pronto
al paso de implacables aguamalas

Desde lo bajo de los años verdes
a la orilla del río
Veo zarpar las alas
que las muchachas lucen
en la academia
en la escuela de artes y oficios
o en la secundaria
Veo los patios surcados de ropa airosa
tendida en mecate
restirado con vara
alta de mangle

Veo sus prestas manos
perseguir con alarma
esas alas que el Norte
les levanta
y tratar de plegarlas otra vez
sobre sus muslos prietos
o sonrosados
puestos al desnudo
un instante
Alas llenas de pintas

camisones calados
vaporosas enaguas
y fondos más que tenues
Domésticas cometas
que auguraban rabeantes vuelos
en una mar picada de arrebato
Veo esas alas raudas
(ya enmaradas)
en la red chapoteante de mi sueño

Veo sus piernas largas:
serpentinas en agua
a la luz de un farol
cuando cae la tarde

El muelle que propicia
el viaje a nado de los más
hacia la otra orilla
me deja a mí profundamente anclado
a mis recuerdos
de chiquillo que espía
cómo las mozas
recogen sus vestidos
al paso de una lancha
y luego guachapean
al pie de mi temblor que se dilata por las aguas...

Ya arranca de las manos lo que pendía
de un hilo escuálido de seda
Siempre que he visto luirse un amor
entre mis dedos
(rabeante papalote que se hunde tras los montes)
recuerdo que subíamos
al tope de aquel cerro

XVIII

Los tiburones muerden
los restos de matanza
arrojados al río
por una rampa practicada a pico
en la ruda costana
Enjambrazón de tábanos
y tifones minúsculos
de moscas rezumbantes
atestan el espacio
Bajamos entre rocas
y acerbos matorrales
hasta tenerlos a tiro
Pegamos gritos como enanos locos
pero ellos ni se inmutan
De modo que esperamos
pacientes el final:
que vengan las toninas
a aguar su comilona
(En la horqueta de un palo
de humo reclinados
mirábamos absortos
el mismo cosmorama cada tarde)

XIX

Por la tejería
La niña vagaba
por la tejería
Cazadores atentos
del blanco se olvidaron
Y así la pieza en vuelo
—sombra sobre el pantano—
se fue listando cerros
y lagunas de fango
Por la tejería
La niña nadaba
al caer el día
Cazadores con tiento
a las aguas se arriman
siguiendo el son que esboza
con su aliento la niña
Por la tejería
Se sume la garza
y abre expectativas
Por la tejería
Se baña la garza
y se alarga el día

XX

Moza, estrella del alba, ven a anudarte con tu sombra
que en sueños te sigue como un podenco
Vuélvete, ya desnuda, lumbrarada de caoba
Y así emergía de los paraísos de mi despertar primero
Hasta que veía apartarse dos magníficas mamblas
coronadas de crueles y equidistantes pezones
Singlados a lo largo de la noche en mi cama de niño
por la sirvienta mulata que regresaba con la aurora
Al cuarto de al lado rezumando un aguaje denso que
olía como una mancha de mariscos
Esparcida en la playa al recogerse la marea
Y de allí me incorporaba, sonámbulo boquiabierto, fiel
al mandato de asir, con mis labios adictos o ventosas,
Esos vestigios de untuosa oscuridad que sabían a copra
entrañada de caracola
Y aguijado al oído por un tábano de raudas irisaciones
espiradas, mi lengua se arrebataba entre un magma
De viscosas delicias
triplicaba la fiebre de la malaria hasta el delirio
De la más temprana adolescencia
puntuaba los verduguillos del deseo, obcecado en la piel
Sin tatuajes de una espalda en horizontal entrega y de dos
copiosas nalgas ya escanciadas, vueltas como un hendido
Escudo contra mi implacable carga de cosaco
lanzaba al cabo el mazo de mis obsesiones y oía espumar,
Al otro lado de la cala, el oleaje que rabiaba entre
las fauces de una gruta

Vuélvete, lumbrarada de caoba, pilmama, estrella del
alba morena que se pierde...

XXI

No hay muelle aquí
donde desembarcamos
esperados
por una voz que
para respondernos
no le harían falta las palabras

No hay desembarcadero
que no sea lugar de tránsito
de todas las delicias de la tierra
de todos los gozos
gorjeando para siempre

No hay estación de arribo
De paso lo son todas
Mejor sería dejar esa bolsa
en el muelle
subir por callejones empedrados
y comer en el cerro
cuando cruzan en bando las últimas huilotas
que anidan en los guayos de los montes
bebiendo un vino suave
leyendo los periódicos del día
guiñando un ojo
a una muchacha de sonrisa franca
como aquel puerto

Volver al muelle
tomar la última panga
de medianoche
¿adónde?

¡Río abajo
hasta el porche
del casino de un puerto
fluvial
que prefigura
aquel lugar secreto
donde las barcas duermen!

¿Por qué he creído
en el camarote
de una lanchita
que zarpó de Tuzapan
que todos los chalanes
vendrían a surtirse de petróleo
aquí?

¿Quizá porque todos
los nombres son uno solo
y ninguno:
Tumilco, Palma Sola, Tamiahua y Guadalupe?

XXII

Doy marcha atrás
por verde atajo
hacia mí mismo
Y ya vuelto al principio
en mis sentidos todos
huelgo yo
de retruécano

Un refulgente mundo de estreno me rodea
con su lazada de agua
y su sombra de cielo
que se ahonda
Doce kilómetros más adelante
(a la izquierda del cerro de mi casa)
la mar retumba
Y apenas una cuadra a la derecha
el río Pantepec
cuyas márgenes
hiladas con encaje de surgente manjúa
rebosan su cerveza
en la brecha de asfalto

Despierto al alba
entre un estrépito de chachalacas
que nublan largo rato
el cielo

Despierto un sábado
Delante de mis ojos
(como una sola flor)
abre el jardín sus pétalos más húmedos

y el césped surte chotes
que hierven en tenchalitas
—esas moscas que montan guardia cerca del palo
y clausuran con cera cada tarde
el agujero que abren en el tronco
al despuntar el día—

Delante de tu ojo
(catalejo ahogado)
las aguas serpentinas
llaman tersas criaturas
de salpicante salto
apenas instruidas
en tardo silabario de burbujas
que revientan con su ¡hop!

Tapia de mi jardín
entrégame a mi holgura
con tu sabor a olvido

XXIII

Los niños juegan al futbol
en el campo más tierno
con un balón a gajos
(negros y rojos)
como vaquita
de San Antón
que salta o vuela de contento
por la plisada yerba
rociada a tenues buches
por la escarcha que plancha a la intemperie

XXIV

No tengas miedo
tú mi niño tan tímido
De un río sordo
son tus recuerdos
Agua a paso de monte
por cañavera y bruma
Brizna de un sueño
con pardo remolino de cernícalo
y humo que te circunda

Fábula de la risa:
Tus labios el hoyuelo
borrado del mentón
Su gota acurrucada
Y los ojos más negros de la hulla
apuntando a las palomas

No hay minucia que se pierda
en los claros del bosque

No olvides la leyenda solar
el oro de barbados gambusinos
La arena rutilante del oribe
la copa del guerrero
La piedra alquímica
el husmo del montero
Y la nívea quemadura de los montes

XXVII

Playa de tercos
desechos vomitando
negra peste
Chapoteando entre
agua y chapopote
una gaviota
terebrante
lastima
un tendón de la frente
que se pensaba
hasta ahora
pétreo

XXVIII

Pensando en otra cosa
(como se intenta engañar al dolor)
así buscaba yo
escapar de la crisálida del gozo
Pero nada podía separarme
del fruto paradisiaco
y su sabor robusto
Nada lograba desmigarme
a mí
cigarro de tabaco oscuro
entre un pulgar y un índice
o entre dos labios húmedos

No era yo brizna lábil
que pudiera arrancarse
(ni siquiera por propia voluntad
como más tarde supe)
Porque lo propio es aferrar un gozo
cuyo núcleo en el cuerpo
se apresa en plenitud
frutal que se comprime
hacia cierto recóndito estallido

XXIX

Vuélvete, le decía. Luego partía de la mano de mi desnuda
compañera, rumbo a campos que nos excitaban con sus
Briznas claros de la piel oreada a la carrera,
imbuyéndonos de un torvo sentimiento compartido...
Y allí, con la espuela de un tábano consuetudinario
alojado en mi oreja, multiplicaba hasta el arrebato
La ascensión de las mareas y el puntuar del verduguillo
del deseo en la piel sin tatuaje de una espalda vuelta
A mi implacable carga de guerrero...

XXX

Oculto entre el follaje del caimito el niño espera
la partida de su nana
Que, cruzada de brazos y recargada en el gordo
tronco, lista una sarta entera de peligros

Enmedio de dos cerros, donde estrangula sus corvas
ahumada horqueta de cojóndegato, el sol es un huevo
Puesto en la balanza
Un ave clueca al otro lado, donde se enseñorea
La sombra, tira con su pico muy despacio del huevo,
que se desliza silencioso por una rampa...
El huevo se hurta, quizá se rompe, y es de noche

XXXI

para Juanito

Osito de los palos
coatí
coatito mío
Cuéntame el cuento
del
ucumarí
(el osito de anteojos
ahumados
que conoció el incendio de los bosques
y vive todavía
para contarlo)

o el de tu primo
el osito mayuato
que lleva puesto
un antifaz
negro
desde aquel día
en que robó
su primera gallina)

Osito de los palos
mi coatí
dime qué ha sido
de tu otro primo
el desdentado
que vive en los árboles
de la llanura
Ese que al defenderse

se alza sobre su tren
trasero
y abraza a su enemigo
antes de abrirlo con sus uñas
como a un abrigo de pelo

e-se o-so
tan solitario
que sólo busca pareja
cada vez
que lo aguija el celo

Osito de los palos
mi coatí
hoy quiero que me llames
yurumí
(o
como te venga en gana)

Si quieres llámame
tamandúa
Hoy devoro hormigas
con mi larga lengua
Me prendo con mi cola
prensil
de estos palotes de tus letras
pueriles
y mi humor
se enjambra de delicia
como el del oso
que engulle por igual
avispas
y
miel

XXXII

Es en el corazón donde se anudan todos los ríos...

Ven (no por ese puente de madera que cruje)
Ven por debajo de las aguas
de aquel río que duerme
a un tiro de guijarro de tu casa

Te acuerdas Oh prodigio
del río de tu infancia
Si te tallas la frente
decidido
Si entrecierras los ojos
aún puedes verlo
para ti solo
una vez esfumadas bajo el párpado
que te frotaste
con los huesos de la mano
esas sombras al rojo
(plumas de pavorreal
envueltas por el fuego)

Ah el río era azul verde o dorado
Limpio de punta a rabo
Y rodeaba como
un pañuelo de hierbas
la papada del puerto
(iguana en acaloro
tomando el fresco dulce
sobre el tronco rugoso
de torcida ribera)

En una de sus grutas
al pie del rastro mudo
catanes cabecean
al son de la corriente
Y en una cueva oscura
ganada por la hierba
(que esconde los preciosos
cofres de los raqueros)

van tomando su sitio
—entre escombros
y sabandijas y olor a estadizo—
los murciélagos que comieron zapotillos
y bebieron
igual
que chotacabras
en los potreros

los mapaches
que huronean bajo las piedras del estero
y con su zarpa rauda
sorprenden
el bostezo de las ostras

el ocelote pardo
(que persiguió a la zorra
y cazó liebres solamente)

el armadillo
—confundido entre cofres muy mohientos
y arcones que tragaron
la llave de su secreto—

el tlacuache
guindado por la cola de una viga
del viejo socavón
que amenaza ruina
porque robó el fantoche
gallina de algún rancho

esa misma noche
(cerrada como un ostión ahíto)

Es la noche a solas
como una avara
que cuenta sus estrellas cosechadas
sobre un mantel de arena
a la orilla del río
Entretanto la osambre del raquero
tirita al fondo de la gruta

XXXIII

Y así quedamos
vecinos de por vida
mi madre el río
y yo en su medio
nadando hacia el principio
donde mi origen
canta

COORDINACION DE BIBLIOTECAS
COBIUAZ
SP AUAZ

Índice

I / *Era claro en extremo:* **9**
II / *Que venga el oleaje ronco de los papanes:* **14**
III / *Se aclara el agua del río:* **15**
IV / *Nomás salía la nana del cuarto:* **17**
V / *(A quienes van conmigo):* **19**
VI / *Ya me pierdo en el vértigo dulce del ensueño:* **21**
VII / *Tómame: soy de brazos meandros y costanas:* **22**
VIII / *Bajan del monte:* **24**
IX / *Mamá sentada a su Singer:* **27**
X / *Para nosotros:* **30**
XI / *Campana que encarcelas:* **31**
XII / *Es el turno del cuento de chinos:* **32**
XIII / *Mes loco de febrero:* **33**
XIV / *Al desplomarse:* **35**
XV / *Esa muchacha cuyas:* **36**
XVI / *Este Norte caliente:* **37**
XVII / *Subíamos al alba hasta la cima:* **38**
XVIII / *Los tiburones muerden:* **41**
XIX / *Por la tejería:* **42**
XX / *Moza, estrella del alba, ven a anudarte con tu sombra:* **43**
XXI / *No hay muelle aquí:* **44**
XXII / *Doy marcha atrás:* **46**
XXIII / *Los niños juegan al futbol:* **48**
XXIV / *No tengas miedo:* **49**
XXV / *La hierba de mi pastora:* **50**
XXVI / *Bracea:* **51**
XXVII / *Playa de tercos:* **52**
XXVIII / *Pensando en otra cosa:* **53**
XXIX / *Vuélvete, le decía. Luego partía de la mano de mi desnuda:* **54**
XXX / *Oculto entre el follaje del caimito el niño espera:* **55**
XXXI / *Osito de los palos:* **56**
XXXII / *Ven (no por ese puente de madera que cruje):* **58**
XXXIII / *Y así quedamos:* **61**

M8
R5